

Los Libros

MAPU, por *Mariano Latorre*. (Editorial Orbe, 1942)

En esta tierra donde muchos, muchísimos, toman la pluma y borronean páginas en que no faltan vagidos de cuento, novela, poesía y hasta ensayos, más para satisfacer ridículas vanidades personales o gremiales que en obediencia a sinceras urgencias de escritores auténticos, llama la atención—como otros raros casos—el aparecimiento de *Mapu*, justamente treinta años después que Mariano Latorre publicara el primero de sus diez libros, y la llama, sobre todo, por los progresos medulares y estilísticos que de uno en uno han ido fijándose, con madurez irreprochable en este último; mas no definitiva, a nuestro juicio. Latorre tiene ahora la sazón justa para ejecutar la creación o las creaciones, que le permita develar, fecundar y estilizar en plenitud las múltiples sugerencias literarias de la naturaleza y la raza chilenas, a las cuales ha dedicado un tesonero y continuo esfuerzo interpretativo.

He aquí la nómina cronológica de sus publicaciones: «Cuentos del Maule», 1912; «Cuna de Cóndores» (cuentos), 1918; «Zurzulita» (novela), 1920; «Ully» (novela), 1923; «Sus mejores cuentos», 1926; «Chilenos del mar» (cuentos), 1929; «On Panta» (cuentos), 1935; «Hombres y zorros» (cuentos), 1937; «La Literatura de Chile» (conferencias en la Universidad de Buenos Aires y publicados por ella) 1941, y «Mapu», 1942. Sumándosele numerosos artículos de crítica y apuntes diseminadas en revistas de prestigio continental y en «Atenea» misma;

apuntaciones que unos cuantos tiburones de las letras han utilizado sin mencionar la fuente. La totalidad de la obra de Mariano Latorre, realizada hasta hoy, nos entrega varios rasgos que nos permiten seguir, en general, el proceso estético del autor. Intentaremos un breve balance para finalizar estas líneas recordatorias y luego adentrarnos en *Mapu*.

Consideramos que los inicios acusan notable inclinación por las descripciones minuciosas y dilatadas de paisajes y escenarios, cuyos pormenores visuales perturban, casi siempre, los efectos apetecidos, y, por lo mismo, los tipos humanos apenas si pasan de meros bosquejos; las frases tienden a llevar más de las palabras necesarias, sensiblemente al fin de los períodos, que pierden el redondeamiento interno; ello se extiende, más o menos, hasta los tiempos de la novela «Ully». En seguida, viene una tendencia hacia el equilibrio del interés por el escenario y por quienes lo pueblan; el aporte subjetivo se acentúa y certeros buceos psicológicos dan entrada a la presencia del hombre, que había vegetado bajo el descriptivismo; el estilo gana rapidez y viveza, y las exposiciones, más sobrias y concisas, presentan un tono lírico impecable y sencillo; el cuento *Domingo Persona*, de «Hombres y Zorros» y el capítulo primero de «La Literatura de Chile» sintetizan la ansiada conjunción de «el paisaje y el hombre», sin duda que en tal capítulo cabe íntegra y donosa la naturaleza chilena que desde el comienzo soñara revelar Mariano Latorre. Y por último entramos a *Mapu*, motivo de nuestra atención; pero no se estime a este libro separado y antagónico de los anteriores, ni como rigurosos del todo los distingos enunciados ya, que más bien son recursos formales auxiliares y no examen escrupuloso y exhaustivo.

Nuestra estimación de *Mapu*, cuya portada representa a una araucana de silvestre lozanía, se apoya por igual en el conocimiento de los escenarios y personajes que integran sus páginas como en el de toda la obra latorriana, que leemos desde los días liceanos y temuquenses; de otro modo no hubiéramos

dicho nada, porque nos parece grave delito, desgraciadamente muy común y endémico, el escribir por la sencilla manía de opinar a destajo y sin informaciones acuciosas. Latorre mismo da el ejemplo, explicando: «El mapu no fué para los indios la patria, la amplitud colectiva de la nacionalidad. Mapu tenía una significación más estrecha. Era la tierra de un grupo de tribus, con sus heredados tótemes y un mismo paisaje». Esto ya nos anuncia que no escucharemos esos adobamientos literarios donde se construye todo «de oídas», sea en trabajos críticos o de la llamada «creación personal», pretextando, en el último caso, la libertad imaginativa, como si el escritor de buena pasta necesitara anular la realidad para hacer labor respetable e importante.

Finalizada la lectura de *Mapu*, uno empieza a clarificar en calma las impresiones y reacciones padecidas en el curso de sus temas, que unidos por el parentesco social-geográfico poseen, sin embargo, notoria diferencia en la técnica de elaboración; lo que desconcierta respecto a la hábil pregunta: ¿Cuál es el género de este libro? Y se desconcierta uno porque aquí se emplean dos tipos de prosa, que antes no hemos hallado hermanados en un volumen de uniformidad contextual: hay la prosa cuentística y hay una semejante a la del poema lírico, más de un lirismo sin la subjetividad marcadísima que tiene el de los poetas puros, sino asordinado por la objetividad de quien busca la objetividad de quien busca la estilización de los motivos nacionales con pleno dominio de sus recursos idiomáticos, y es dueños de superiores facultades auditivo-visuales, de donde derivan armoniosos efectos de musicalidad y plasticidad en los cuadros y en las expresiones. Pudiéramos llamar a esto breves poemas orquestales, para separarlos de los cuentos y relatos en propiedad.

Esos breves poemas orquestales, que no constan de más de dos o tres páginas, van distribuídos a lo largo de la obra como para refrescarnos de las tensiones a que nos sentimos so-

metidos, de cuento en cuento y de relato en relato, pues el impulso vital que los anima lo coge a uno con endemoniada seducción, prueba irrecusable de que no se nos dan realizaciones integrales. Y los mencionados breves poemas orquestales giran en torno a la selva y a los naturales pobladores de ella: *las gualas, el chucao, luciérnagas de la luna, el verde sueño de la selva, los moscardones, la vertiente, bueyes y palos secos*; he aquí los títulos. Ellos nos entregan la vena poética de Mariano Latorre.

A la clase de los relatos asimilaremos «El secreto» y «Puelchada»; en aquél se nos expone la odisea de un cono de piñón desde que es adquirido en casa de un colono del Trancura hasta que se abre en el escritorio del autor, sin duda una de las sutiles y encantadoras imaginerías que poco germinan en nuestra literatura; en éste se nos describe uno de esos incendios que de continuo asolan los bosques australes y el desespero de las personas y los animales cercados por las llamas y las humaredas, es un cuadro de profunda dramaticidad y elevado realismo. Lo demás comprende los cuentos propiamente tales. No obstante, se requiere no tomar al pie de la letra y en el sentido tradicional de dicha calificación, entre ellos pudiera descubrirse alguno con atisbos de novela minúscula; tampoco se ha de tomar nuestro orden expositivo como el propio del libro, ya dijimos que los asuntos se disponen alternados, siguiendo la unidad que les impone la cooperación de Latorre, en virtud de su tino y mesura estilísticos, y la índole de los objetivos.

Mapu recoge la vida de las provincias de Cautín y Valdivia, cada una de sus narraciones y visiones traduce la gesta silenciosa e imperiosa que significa la conquista de la naturaleza, el arrinconamiento del indio y el arraigo del colono o de los aventureros en esas tierras; empero, Mariano Latorre no se ha dado a elegir y seleccionar situaciones extraordinarias o individuos descomunales por sus cualidades de empresa o de rapiña. Nada de los artificios que socorren y sacan del paso cuando

se busca el efectismo y la teatralidad en las novelas o cuentos con ribetes de zumo regional. *Mapu* descansa en los episodios cotidianos y en los caracteres sencillos y llanos del medio sureño, en eso que las mentalidades vulgares y los intelectuales mediocres, mejor: de escuálidas sensibilidad e imaginación, no advierten interés ninguno; pero ello es, precisamente la gran hazaña de los verdaderos artistas: elevar a categoría estética el maravilloso río de la existencia y sorprenderle magnitudes sin que los sucesos insólitos o inesperados vengan a remecerlos vez tras vez.

Y Mariano Latorre despliega tal maestría en lo de mostrarnos y enseñarnos la vida sureña que su obra bien merece el rango de breviario de los ambientes que presenta, porque la ha mantenido intacta bajo el afinado ritmo de su técnica literaria, ya desde años la más dócil e imponderable que en su género exhiben las letras de Chile: Si muchos persistían en negarle a Latorre esas condiciones, ahora habrán de vacilar bastante en insistir sobre tales opiniones—más bien prejuicios de dudosa hidalguía—a menos que móviles extraños les cieguen para el cenit de *Mapu*. Nosotros no abrigamos reservas ni recelos profesionales y, como lectores honrados e imparciales, confesamos las elogiabiles satisfacciones que nos proporcionan los trazos del libro.

En sus publicaciones anteriores, Latorre no acostumbraba penetrar las características de las gentes casi menesterosas del campo chileno, sus protagonistas eran huasos, marinos, funcionarios y otros individuos que, en general, mantenían una situación económica holgada o bastante llevadera; en ellos no se agudizaba la angustia diaria por la conquista del pan y su derecho a ocupar y cultivar un rincón propio, y los vagabundos o gañanes que actuaban de vez en cuando carecían del arraigado sentimiento familiar, hogareño y sedentario típico del hombre rural. Ya eso ha sido superado y nuestro autor se compenetra de los factores positivos y negativos que envuelven al

concierto humano, los dolores y los fracasos, las alegrías y los triunfos, pero esa compenetración no adquiere el tono popular y recalcitrante que los escritores con ínfulas de redentores sociales y sin condiciones creadoras ni noticias sobre la dignidad del arte respetan a los lectores. En *Mapu* ese aspecto de la existencia se muestra en su grado corriente por esos lugares provincianos.

Los cuentos «La Cola l'Escura» y «El yerno de Marinao», sintetizan la atmósfera típica de la relación entre el indio y el colono mestizo, que, a menudo, entra a esas tierras ejercitando oficio de vendedor ambulante. Ambos se identifican por la marcada inclinación a obtener lo ajeno, prescindiendo de la voluntad del propietario, el disimulo y la astucia les son comunes. ¿Quién la maneó es la historia de la antítesis entre el extraño que se acerca y avecina en calidad de inquilino para ejercer sus aficiones al hurto, y el hombre que ha nacido en la comarca, con un concepto tradicional y sano de la honradez, esa honradez, esa honradez guardada por los lazos de una convivencia tranquila y laboriosa.

En «La Muerte del Pampa Viejo» y «Vaca Indiana» tenemos el desplazamiento paulatino del animal criollo por el importado, que produce mayor rendimiento a los propietarios acaudalados, mas no a los pequeños propietarios y al inquilinaje, a quien ya no se le entrega la vaca que dará sustento a los muchachuelos en la época invernal. La resistencia de la raza criolla a desaparecer, tanto como la del a ser desposeído por los terratenientes, motiva estos dos relatos.

«Un filón de rojo raulí» es la epopeya violenta de los explotadores madereros que, amparados por el cambullón político y las mixtificaciones de la justicia se apropian las riquezas vegetales. La lucha se entabla entre dos individuos de dudosa vida que representan los intereses opuestos de capitalistas santiaguinos, el matón electoral y pueblerino frente al tramposo y calavera, al servicio de sus patrones, son los actores. Aquí hay

un admirable cuadro de las prácticas utilizadas en la posesión de los bosques, y una pintura exactísima de la psicología de los pobladores primitivos, que se transforman en asalariados de quienes les han usurpado sus terrenos.

Y los cuentos de Marimán, el «Cazador de hombres» y «La vaquilla de Huenchulif» interpretan la intervención de la justicia en la batida a los cuatrerros que se dan por ahí, mediante la no siempre escrupulosa serenidad de la fuerza armada, y los métodos que los colonos enriquecidos usan para comprimir y expulsar al indio, previa complicidad de los jueces lugareños y los carabineros que ellos mismos instalan en sus fundos; «Marimán» y «El cazador de hombres» y «La vaquilla de Huenchulif» son fiel registro de un estado permanente en las regiones sureñas. Finalmente, la nota irónica la da «La Misa del Padre Wilfrido», cuyos esfuerzos catequísticos son desbaratados por el paganismo de los araucanos y los manejos de un pastor protestante.

Lo resumido basta para informar de este acercamiento e identificación de Mariano Latorre con los valores humanos del sur; pero insistimos que, por sobre todo, su obra es la de un artista y un maestro en el estudio de nuestro medio. Y sus dones descriptivos se emplean en un objeto equiparado a ellos: la naturaleza austral. Otro se hubiera quedado por debajo del escenario.—GERMÁN SEPÚLVEDA.



PRESENCIA DE CHILE, por *Luis Durand*.—Nascimento, 1942

Es, por muchas razones, un serio compromiso escribir sobre la obra de un escritor consagrado. El vuelo expresivo de un artículo no siempre se le imagina justo tratándose de un valor que responde a lo más recio de una literatura, y sobre todo, cuando es necesario añadir que se trata de un maestro en su